



Los barreros

Al poeta le gustaba el campo, pero especialmente el cultivado. Cruzaba las sementeras y olivares siempre pendiente de las novedades, los crecimientos y las previsiones de cosecha. Para él, la andaluza era la mejor tierra de cultivo de España. Cuando en los años setenta nos acompañaba a excursiones por la sierra de Madrid, solía siempre tomar un puñado de tierra, desmenuzarla entre los dedos y repetir el mismo comentario: “Esta tierra no vale nada...la de mi Andalucía sí que es buena”. Por eso no es de extrañar que el ir a vigilar la evolución de los cultivos fuera para él el mejor paseo.

Mi padre cultivaba dos hazas junto a los barreros. Todo el camino hasta allí lo convertía en manantial de novedades. Salíamos por el Coso y la calle Ballesteros, donde siempre tenía encuentros agradables, con sus sobrinos Gaspar y Antonio, o Recio el de la taberna, Perico Romero o Paco el latero. Aprovechaba también para pasar por las tiendas de alimentación, a ofrecer huesos de espinazo, como solía decir riéndose de su actividad de agente comercial. Llegábamos hasta el Matadero, con sus escuelas cerradas, y después a las eras, donde se vio un año la primera máquina de aventar. A la derecha quedaba el almacén en el que Estrada cultivaba gusanos de seda, junto a la ermita de Santa Lucía, y después el campo.

El camino surcaba tierras de cereal, ya crecido en primavera, atravesaba el arroyo de Agua Nevada y llegaba hasta una bifurcación. Nosotros tomábamos el camino de la izquierda, el del “agujero”, el de los barreros. Desde allí se veía la cueva, una simple oquedad circular poco profunda, labrada en un corte vertical, que serviría de abrigo a quienes trabajaban allí, pero que desde lejos la veíamos como un refugio de bandoleros, y nos impresionaba un poco a los más pequeños.

Unos metros antes del agujero estaba el “lago”, y así nos parecía la acumulación de agua de lluvia en los barrancos formados al ir sacando tierra del barrero. Unos buenos metros cúbicos de agua estancada, paraíso de ranas. Allí vi por primera vez miles de renacuajos, aún con forma de pez, a los que llamaba “peces cabezones”. Era un gran espectáculo verlos moverse de forma caótica, llenando de lunares móviles el agua. Cualquier día, de improviso, desaparecían todos y surgían ranas de forma milagrosa. Allí también aprendí a tirar lascas sobre el agua con el ángulo adecuado para que saltaran seis o siete veces, salto de la rana muy en consonancia

con el entorno, y también experimenté la emoción de caminar por la orilla viendo el agua a varios metros por debajo de mi camino.

Después de ver el estado de la sementera, abandonábamos aquel emocionante paraje, y entre lindes y vallados, llegábamos a la segunda haza, que estaba junto a la carretera de Rute, entre las Burguitas y la huerta de don Juan Palma. Volvíamos al asfalto, con lo que el entusiasmo de mi padre decaía un poco. Pero un día, entre dos matas de garbanzos negros, descubierto quizás por la última escarda, brillante bajo la luz del mediodía, vimos un maravilloso cristal de cuarzo ahumado, casi perfecto, que nos estaba esperando. Nunca olvidaré esa sorpresa que me regaló el campo, y aún hoy, no comprendo cómo nadie lo había visto antes. Era para nosotros, una ofrenda de la tierra cultivada tan querida. Todavía lo conservo.